

XXXII SEMANA DE ESTUDIOS MONÁSTICOS

“SOLIDARIDAD CON NUESTRO MUNDO”

1. Desde dónde se realiza la reflexión

A mi parecer, tiene su importancia saber las circunstancias desde las que se realiza una reflexión para comprender su alcance. Sobre ciertos aspectos de la vida de una persona o de un grupo, nadie sabe tanto como los propios afectados y no es extraño que puedan sentirse incomprendidos o malinterpretados desde fuera. Numerosos matrimonios piensan que muchos tratados de familia elaborados por teólogos célibes carecen de un mínimo realismo y que se habrían escrito de otro modo si sus autores hubieran estado rodeados de dos o tres niños pululando alrededor de la mesa. No digamos nada de la visión de la mujer que han forjado los varones en la Iglesia a lo largo de dos milenios y que tanto ha distorsionado la autocomprensión femenina. Sin embargo, también resulta oportuno recordar que “los otros” puede percibir de nosotros cosas que nos pasan ordinariamente desapercibidas. Con frecuencia, un visitante ocasional capta mejor el clima afectivo de un hogar que aquellos que –inmersos permanentemente en él- lo respiran sin la distancia necesaria para hacer un análisis más o menos objetivo de su situación.

Vayan estas palabras por delante para agradecer y valorar la invitación a participar en vuestra Semana de Estudios Monásticos, a pesar de mi condición laical. Alguno de mis alumnos y de mis conocidos no ha logrado ocultar su asombro al saber que iba a venir aquí a compartir algunas ideas respecto a cómo las comunidades monásticas pueden ser hoy solidarias con nuestro mundo. Yo no me he sorprendido tanto, porque estoy firmemente convencido de que, en la actualidad, los distintos carismas y formas de vida de la Iglesia nos necesitamos mutuamente para abrir horizontes que, aisladamente, será difícil que podamos descubrir. Es mucho lo que tengo que agradecer a tantos amigos y amigas consagrados a lo largo de mi vida. Por eso es para mí un placer juntarme hoy con vosotros

Para quienes no me conozcan, quiero aclarar que soy cristiano, seglar, casado, con un par de hijas, profesor de economía mundial de la Universidad Complutense, colaborador del Instituto Superior de Pastoral de Madrid y miembro de una muy pequeña comunidad cristiana -desde hace 30 años- que está ubicada en el barrio de Pan Bendito, una zona del distrito de Carabanchel (Madrid) caracterizada por una situación social marcada por la pobreza y la exclusión. Todas estas circunstancias vitales me marcan muy profundamente. Por consiguiente, no voy a hablaros desde dentro de la experiencia monacal y es posible que alguna de las cosas que diga pueda pareceros desubicada, disparatada o impracticable. Ni que decir tiene que sólo pretendo sugerir algunas pistas que vosotros y vosotras tendréis que valorar para ver si son pertinentes para vuestro género de vida. Lo que diga, aunque sea expresado con un énfasis que me caracteriza, sólo pretende ser una “mirada externa”¹ ofrecida con humildad. Como dice un sabio proverbio de los indios norteamericanos: “No critiques a nadie antes de haber caminado tres lunas con sus mocasines”.

¹ Tomo esta imagen de VANIER, Jean: *La comunidad: lugar de perdón y fiesta*, Nancea, Madrid, 1985, pp. 77-78.

Eso sí, el carácter exterior de la mirada no obsta para que sea cálida y cercana: varios de mis familiares son religiosos, llevo colaborando durante muchos años con la FERE y la CONFER, he estudiado en un centro religioso(s) concertado y las dos parroquias en las que he vivido mi fe -San Gerardo y San Benito- han estado animadas también por religiosos. La misma vida monástica no me resulta ajena, ya que he podido acercarme a bastantes monasterios para compartir su liturgia y, en particular, conozco la comunidad de Buenafuente del Sistol desde hace 32 años. Por otra parte, mi propia experiencia comunitaria me hace sentirme próximo e intuir muchas de las circunstancias propias de la vida monástica con mayor profundidad que la que puedan tener otros cristianos que no han experimentado esa realidad. Dicho de otro modo: reconozco, comprendo y valoro muy positivamente esta forma de vida eclesial que, a muchos de nuestros contemporáneos, deja desconcertados.

Y después de haberme presentado personalmente y antes de entrar en el contenido básico de la ponencia, me gustaría realizar algunas precisiones elementales sobre la comprensión cristiana de la solidaridad, que permitan entender más claramente el resto de la exposición:

- A mi modo de ver, la Biblia dirige al corazón de los seres humanos una interpelación radical que nos sitúa ante dos alternativas opuestas que se encuentran plasmadas en dos preguntas clave. Uno puede ir por la vida preguntando como Caín: “¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?” (Gen 4, 9) o como el fariseo que se acercó a Jesús diciendo: “¿Y quién es mi prójimo?” (Lc 10, 29) La primera actitud conduce el desentendimiento, a la distancia, a la indiferencia, al aislamiento, al egoísmo; la segunda, al encuentro, a la implicación, a la entrega, al servicio, al amor. Ser solidario -o intentar serlo- supone querer alinearse sinceramente en la vida desde la segunda actitud y luchar, en la medida de nuestras fuerzas, para que la primera no acabe atrapando nuestro corazón². El conocidísimo relato del “juicio final”, narrado por Mateo en su capítulo 25, no tiene sino estas dos preguntas. Se trata, en definitiva, de asumir consecuentemente la conocida sentencia del dramaturgo romano Terencio cuando, ya en el siglo II antes de Cristo, ponía en boca de uno de sus personajes: “nada humano me es ajeno”³.
- La solidaridad como actitud humana básica nace del reconocimiento de dos realidades elementales: que todos los seres humanos tenemos igual derecho a alcanzar la felicidad y que vivimos en un mundo de interdependencias. Cuestionar lo primero, estableciendo rankings o niveles de dignidad entre las personas, imposibilitaría de raíz la solidaridad. Sabemos que en la historia se ha negado esa común dignidad muchas veces pero hoy, felizmente, parece que se reconoce, al menos en el plano teórico⁴. Respecto a lo segundo, hay que ser contundentes. En su ingenuidad, Caín no se da cuenta de que denomina al “otro” -del que se quería desentender (y al que ha eliminado)- como “hermano”, es decir, como alguien con el que está radicalmente ligado. Y esta es, de hecho, nuestra realidad más profunda: somos interdependientes. Nadie se ha concebido solo, ni se ha gestado solo, ni ha creado solo la familia que lo acoge, ni ha inventado el idioma que utiliza, ni ha producido los bienes que necesita, ni ha

² SEBASTIÁN, Luis de: *La solidaridad. Guardián de mi hermano*, Ariel, Barcelona, 1998.

³ TERCENIO, Pluvio: *Heautontimoroumenos (El atormentador de sí mismo)*, 77.

⁴ GONZÁLEZ-CARVAJAL, Luis: *En defensa de los humillados y ofendidos. Los derechos humanos ante la fe cristiana*, Sal Terrae, Santander, 2005.

desarrollado la técnica que emplea. En el principio no está el individuo aislado (que luego quiere o no asumir una relación con los demás), sino la relación, la red, la malla humana. Y, después, tampoco: ningún logro individual (económico, político, científico...) se logra aisladamente, sino en interacción con otros.

- Con todo, la solidaridad -desde el punto de vista cristiano- no es, ante todo, un imperativo moral, un precepto religioso, un buen deseo que anida en el corazón humano o una moda social sino, mucho más profundamente, la participación agradecida en un proceso que nos precede, abarca y supera: “Como el Padre me amó (origen último del amor), yo os he amado (Jesús es el canal que acerca a nosotros ese amor), permaneced en mi amor (nosotros somos receptores de ese amor y estamos invitados a acogerlo)” (Jn 15, 9). Suelo comentar en muchas ocasiones que sospecho que se ha perdido un versículo en el texto, que es el que señalaría: “pero no os quedéis ese amor: ¡compartidlo!”. Por ello, desde la fe, la solidaridad es participación en la vida del Dios que es amor (1 Jn 4, 16), para constituirnos en receptores y difusores de ese amor más grande que nosotros mismos, que nos engloba y que nos sostiene. De ahí, que la actitud de la solidaridad debería brotar espontáneamente en aquellos que “hemos conocido el Amor”.
- Por otra parte, los cristianos intentamos modestamente vivir el valor universal de la solidaridad con los acentos particulares con los que se encarnó en la vida de Jesús de Nazaret: preferencia por los pobres y excluidos, discreción y desinterés, **lleno de** misericordia, con una denuncia valiente, con una estrategia no violenta que incorporaba la dinámica sanadora del perdón, etc.. Es decir, con su aire, su talante, su estilo y sus prioridades que son marcadamente originales. Vivir con el Espíritu de Jesús supone -además de alimentar nuestro amor con el amor de Dios-, intentar “amar hasta el extremo” (Jn 13, 1), descubrir la entrega como fuente radical de felicidad (He 20, 35) y, al mismo tiempo, no desentenderse de la cruz que, inevitablemente, es factura de una amor liberador y profético como el **suyo** (Lc 14, 27) . En el fondo, asumir la solidaridad como forma de vida sólo supone hacer efectivo eso que rezamos en el Padrenuestro: que todos somos de la misma familia y que estamos llamados a tratarnos como a tales.
- Creo que la solidaridad a la que somos convocados en cuanto creyentes tiene que superar tanto el Síndrome de los “Reyes Magos” (o **el**) de “Superman” como me indicaba un compañero de comunidad), como el de “Soy una Hormiga”. Con la primera imagen quiero desenmascarar la tentación de creernos nosotros los salvadores de los demás, los que les damos lo que no tienen, los que resolvemos sus problemas. A todos nos gusta -porque resulta gratificante- poder ayudar a otras personas. Pero, si la Iglesia pudiera hacerlo masivamente, porque tuviera cuantiosos recursos económicos y poder político, en el fondo habría traicionado a su Maestro que, con escasos medios y mucho amor, más bien se situó al lado de los pobres y, poniéndose de su parte, inició una lucha humanizadora compartida con ellos. La actual pobreza humana y material de la Iglesia puede ser una ocasión para que renovemos la autenticidad evangélica. Pero, volviendo a la segunda imagen, tampoco podemos caer en el planteamiento tan de moda: “No podemos hacer nada”. Porque ésa es la coartada de nuestra cobardía, comodidad y egoísmo. Claro que podemos hacer cosas relevantes, sobre todo si trabajamos colectivamente y con perseverancia. El dinamismo generado por sólo cinco panes y dos peces compartidos puede repetir, también actualmente, el milagro de la abundancia para todos.

- En definitiva, la solidaridad cristiana se construye, como ha señalado de un modo genial Jon Sobrino, desde dentro y desde abajo; sin pretensiones prometécicas, por una parte, pero sin excusas victimistas, por otra. Al igual que ocurrió con Jesús, la caridad se hace operativa a base de *signos* sorprendentes que anticipan un mundo más fraterno y alimentan nuestra esperanza y a través de *gestos simbólicos* que traducen o visibilizan la ternura de Dios en nuestro mundo. Signos y gestos que dicen más por la calidad humana y el dinamismo humanizador que desencadenan, que por la cantidad o la espectacularidad de las acciones en que se plasman. La Iglesia estamos llamados a inventar hoy también *signos* del Reino que se abre lentamente camino y *gestos* de misericordia que alcancen a los últimos y que ayuden a transparentar y evocar el amor de Dios.

2. Las principales amenazas actuales a la solidaridad

La solidaridad –frágil y delicado valor- se encuentra permanentemente amenazada, pero hay situaciones históricas en las que esa amenaza se percibe con mayor intensidad. La crisis económica actual puede ser una de ellas. Por eso, cuando de ver hacia donde debe orientarse primordialmente la solidaridad de la vida monástica se trata, bueno es comenzar por identificar las heridas por las que nuestro planeta se desangra. Y, a mi modesto parecer, en la presente coyuntura se superponen cuatro tipos de crisis que –con el lenguaje del Antiguo Testamento- “claman al cielo” e impiden el progreso del proyecto de Dios para la humanidad: un espacio de justicia y fraternidad.

En primer lugar, debemos mencionar la realidad que de forma más patente nos recuerda que estamos sumidos en una crisis *global crónica* y que, por ello, apenas resulta noticia, excepto en las fechas establecidas ritualmente. Me refiero, claro está, al abismo Norte/Sur y al acelerado deterioro de la Naturaleza. Recordemos algunos hechos representativos de esta cotidiana tragedia⁵:

- ¿Cuánto mide la vida? Depende. La esperanza de vida en las naciones económicamente desarrolladas ronda hoy los 80 años, en el África Subsahariana los 50 y, en alguno de los países que la componen, los 40.
- El hambre -según la FAO- afecta hoy a 1.020 millones de personas, 200 millones más que hace dos años y genera 100.000 muertes diarias. Quienes no disponen de agua potable o saneamientos se sitúan en unos 2.700 millones.
- Con un dólar al día viven cerca de 1.400 millones de personas y con dos, 2.800 millones (casi el 40% de la población mundial), al tiempo que las 500 personas con mayores ingresos ganan cada año lo que 416 millones de pobres.
- (Al tiempo) **Mientras** (que) 101 millones de niños no va a la escuela, 150 millones trabajan entre los 5 y los 14 años. Medio millón de mujeres mueren cada año por embarazo o parto: el riesgo es 300 mayor en el Sur que en el Norte
- A partir del cálculo de la “huella ecológica” se ha estimado que, para que todos los seres humanos que habitamos hoy en la Tierra vivieran como el español promedio, serían necesarios dos planetas y medio como el nuestro.

Los datos enumerados, que podrían ser ampliados con facilidad, muestran un mundo roto en el que las relaciones entre los seres humanos y de éstos con la naturaleza se encuentran profundamente distorsionadas, amenazando la posibilidad de **establecer**

⁵ Todos los datos señalados proceden de publicaciones recientes de organismos de la Naciones Unidas.

una convivencia segura y una vida digna para la mayoría de la humanidad. La masiva indiferencia ante este hecho pone de relieve que la parábola de el rico epulón y el pobre Lázaro (Lc 16, 19-31) representa un retrato riguroso de nuestro mundo.

En segundo lugar, no podemos eludir en estos momentos la importancia de la crisis *financiera* y sus repercusiones⁶. Aunque, tampoco en este caso debiéramos olvidar la sabia enseñanza de Mafalda: con frecuencia “lo urgente no deja tiempo para lo importante”. Y no sería de extrañar que, preocupados por la “gripe A” de la crisis financiera, olvidáramos la “gripe común” (que causa –hasta ahora– muchas más víctimas) a la que nos hemos referido en el apartado anterior. Pero, ciertamente, la crisis de las hipotecas basura ha puesto de relieve numerosos fallos en las finanzas internacionales que se han traducido en una fuerte caída de la producción, una gran reducción del empleo (se estima en mas de 60 millones de puestos de trabajo perdidos), disminución de las remesas de los emigrantes, recorte de la ayuda al desarrollo, etc. La crisis ha puesto en evidencia a la cultura del enriquecerse de cualquier manera, de asumir riesgos excesivos, de perseguir beneficios extraordinarios. En su gestación y desenlace, han intervenido ejecutivos, gestores de bancos, responsables del control público de la finanzas, pero también muchas personas de clase media que se han dejado llevar por la codicia, impulsados por una abundancia de créditos muy baratos. Esta crisis pone de relieve que, en la economía globalizada, los países estamos estrechamente interrelacionados y que, por consiguiente, la irresponsabilidad de unos acaban pagándola todos, en especial quienes más dependen de la protección pública o sólo **disponen** de un trabajo precario. La crisis financiera no sólo amenaza el bienestar de amplias capas de la población mundial, sino que puede generar un cambio en las prioridades de los gobiernos (por ejemplo, al inicio de 2009 ya habían gastado en salvar a los bancos más de treinta veces lo que **destinaban a la** (en) ayuda al desarrollo), una fractura entre los agentes sociales (empresarios y trabajadores), una reacción defensiva en la población de los países desarrollados ante la presencia de emigrantes o un incremento de la población excluida.

Pero, en tercer lugar, nos enfrentamos a la crisis del *modelo de vida* que occidente ha venido exportando desde hace décadas y que, además de demostrarse poco sostenible social y ecológicamente, supone, para quienes tenemos una concepción cristiana de la vida, un verdadero empobrecimiento cultural: la persecución incesante de una elevación **del** nivel de vida lo llena todo. Me refiero, naturalmente a la cuestión cultural. El éxito del capitalismo no acontece sólo por lo que se refiere a la producción de bienes y servicios, sino también en la generación de valores y aspiraciones. Erich Fromm ha realizado a mi parecer una acertadísima descripción de este hecho: “*El hombre puede ser un esclavo sin cadenas, no se ha hecho más que trasladar las cadenas del exterior al interior del hombre. El aparato sugestionador de la sociedad lo atiborra de ideas y necesidades y estas cadenas son mucho más fuertes que las exteriores, porque éstas al menos el hombre las ve... Pero no se da cuenta de las cadenas interiores que arrastra creyendo ser libre. Puede tratar de romper las cadenas exteriores, pero cómo se libraré de unas cadenas cuya existencia desconoce. Si la jaula*

⁶ Para comprender mejor esta crisis desde una perspectiva cristiana: *El Ciervo* n° 692, noviembre 2008: “La economía nos supera”; *Éxodo* n° 96, diciembre 2008: “La crisis. ¿Más allá del capitalismo?”; *Frontera* n° 50, abril-junio 2009: “Apuntes sobre la crisis”; *Sal Terrae* n° 1.136, julio-agosto 2009: “Sobriedad y humanidad. Otra lectura de la crisis económica” e *Iglesia Viva* n° 240, otoño 2009: “Ética ante la crisis económica”

*es tan de oro y tan de goma que no nos damos cuenta de que estamos en la jaula, ¿cómo nos vamos a librar de ellas?”*⁷ El progreso económico ha elevado mucho el bienestar –lo cual, en principio, habría que considerarse francamente positivo–, pero a costa de un notable empobrecimiento existencial, el aumento del individualismo, la consolidación de una injusticia de alcance planetario y el abuso irracional del planeta. Como suelo repetir, el engaño antológico del sistema consiste en haber tenido éxito en confundir el nivel de vida con la calidad de vida, la vida llena con la vida plena, la vida en la abundancia con la vida abundante. O con un lenguaje más evangélico: lo que Jesús considera “añadiduras” –la preocupación por el necesario sustento material–, la sociedad actual lo considera “fundamental” y lo que Jesús considera “fundamental” –luchar por el Reino de Dios y su justicia–, la sociedad de consumo lo considera “añadiduras” (Mt 6).

Por último, pero no en último nivel de importancia, como dirían los anglosajones, es preciso hablar de la crisis *religiosa* y la pérdida de pasión por la cuestión del fundamento y sentido último de todo. Si menciono aquí el tema de la indiferencia religiosa como amenaza real para la solidaridad es por tres razones. Primera, porque creo que, como ha señalado incisivamente **Johann Baptist Metz**, la descreída cultura actual o la religión burguesa predominante en los países acomodados animan a nuestros conciudadanos a buscar la felicidad olvidando a las víctimas de la historia: a los pobres, a los excluidos, a los violentados (que son la mayoría)⁸. Y esa aspiración a la felicidad, lograda a costa de que el dolor y la injusticia no nos **salpiquen** a nosotros ni a los nuestros cercanos, es una formidable barrera para hacer efectiva la solidaridad. Esta anestesia colectiva, absolutamente incompatible con la fe en el Dios de los Profetas y de Jesús de Nazaret, es un verdadero cáncer para la solidaridad. En segundo lugar, porque la fe en Dios es, en sí misma, un motor inestimable para el compromiso solidario. Sin duda, son muchos los que se comprometen generosamente con el bien común sin referencia religiosa alguna, pero es también indudable que la fe cristiana constituye un elemento formidablemente motivador para vivir la solidaridad con radicalidad, paciencia histórica, esperanza y gratuidad. La Iglesia, a pesar de sus incoherencias, siempre ha aspirado a ser educadora de la compasión y **de** la misericordia. En (último) **tercer lugar** (término), porque creo que todo ser humano aspira a una solidaridad última, que sólo Dios puede ser capaz de colmar. Yo al menos, no creo que la sed de comunión humana llegara a satisfacerse plenamente aun cuando se alcanzaran la justicia socioeconómica y la fraternidad relacional. Sólo se trata de recordar aquí la conocida afirmación de San Agustín “Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”⁹, cuestionando el discurso social dominante que sostiene –parafraseando el eslogan de un anuncio de chocolate– que, en el mejor de los casos, “la vida es una sucesión de pequeños momentos de placer”.

3. La respuesta monástica desde el ser: ser bien lo que se es. *El signo*

Mi convicción básica, en este terreno, consiste en que la respuesta más adecuada que pueden dar los monasterios a los cuatro desafíos a la solidaridad que he descrito en el anterior apartado no es otra que profundizar y revitalizar su propia identidad. Es decir, la mejor contribución de los monjes a superar los desafíos de la época actual no consistirá en que inventen otra forma de vida que se acomode más a los “Tiempos Modernos”, sino en que ejerzan, la que les es propia, desde las exigencias del actual

⁷ E. FROMM, *Del tener al ser*, Paidós Ibérica, Barcelona 1994, p. 22.

⁸ METZ, Johann Baptist: *Memoria passionis Sal Terrae*, Santander, 2007

⁹ SAN AGUSTÍN: *Confesiones*, cap I, 1,3.

horizonte de insolidaridad. Y, dado que la magnitud de los problemas globales es tan desmesurada que ningún colectivo particular puede pretender resolverlos aisladamente, el interrogante fundamental que como creyentes deberíamos plantearnos es el siguiente: ¿cómo podemos vivir nosotros y nosotras de un modo que promueva la solidaridad en nuestra área de influencia efectiva y que no acreciente la injusticia y la deshumanización de nuestro mundo? ¿Qué contribución particular y complementaria de la de otros grupos, podemos hacer nosotros –desde las comunidades contemplativas- a esta polifonía que es la historia humana?.

Semejante pretensión se inicia por concebir la vida monacal no como forma de alejamiento del mundo para buscar a Dios, sino como forma de amar al mundo buscando y evocando a Dios, quien, según la tradición cristiana, se encuentra especialmente presente en el dolor, la pobreza, así como en la lucha de los seres humanos para superarlos y, no tanto, en los espacios de calma y armonía, más o menos bucólicos, ajenos a ese combate. El mismo Metz ha subrayado que la mística cristiana es una mística de “los ojos abiertos”, no de “los ojos cerrados”. De ahí que los monasterios deberían ser lugares apasionados por la marcha del mundo y permanentemente interesados por la suerte de sus víctimas. Si fueran espacios donde se cultivara el desentendimiento de la historia, serían quizá lugares espirituales o religiosos pero, en ningún caso, cristianos. Al fin y al cabo, esta intuición se encuentra en el origen de la vida monástica que perseguía el contraste profético con el orden establecido, no tanto la *fuga mundi*. Es cierto que algunos anacoretas buscaban un espacio retirado más adecuado para encontrar a Dios, pero muchos monjes han expresado cómo su vocación no les alejaba del mundo, sino al contrario. Así, quien fuera general de los dominicos -Thimoty Radcliff- en su libro *Una vida contemplativa* recoge este hermoso testimonio de una religiosa dominica que representa una experiencia que, felizmente, se encuentra muy extendida: “Yo entré en el monasterio no para huir del mundo, ni para olvidar o ignorar su existencia, sino para estar presente en él de un modo más profundo, para vivir en el corazón del mundo, de una forma escondida, pero creo que más real. Llegué aquí no buscando una vida tranquila y seguridad, sino para compartir, para embarcarme con el sufrimiento, el dolor, las esperanzas de toda la humanidad”.¹⁰

Con todas sus indudables y conocidas limitaciones, los monasterios medievales defendieron valores muy poco estimados en la época en la que surgieron, contribuyendo a humanizar aquella sociedad en nombre de Jesucristo: optaron “contracultural y evangélicamente” por la pobreza frente a la riqueza; afirmaron la dignidad del trabajo manual que era humillante para la nobleza; en un clima social que sobrevaloraba el honor, consideraron la humildad una virtud superior al orgullo y la arrogancia; realizaron esfuerzos ingentes por preservar la cultura clásica en un contexto denominado por la decadencia bárbara; contribuyeron, en la medida de sus posibilidades, a impulsar la pacificación en una época intensamente guerrera y sumamente violenta; se caracterizaron por ofrecer hospitalidad y apoyo a pobres y peregrinos en las numerosas ocasiones en las que epidemias y catástrofes amenazaban su vida. Estas intuiciones de fondo –aunque fueran realizadas modestamente con la natural ambigüedad de todo lo humano- deberían ser inspiradoras hoy para nosotros. ¿Qué valores alternativos pueda aportar el monacato a la sociedad contemporánea que no resulten, al mismo tiempo, trasnochados?

¹⁰ RADCLIFFE, Timothy: *Una vida contemplativa*, San Esteban, Salamanca 2001, p11.

No tenemos necesidad de descubrir el Mediterráneo. Cualquier monasterio encarna un género de vida *diferente* al de la mayoría: comunidad, oración, trabajo, sencillez, acogida; compartir la búsqueda de Dios y su alabanza como recordatorio del destino último de nuestra existencia. Son estas notas -que componen la melodía habitual de cualquier comunidad monástica- verdaderamente sorprendentes para la mentalidad convencional. Pero, para quien se acerque sin demasiados prejuicios a un monasterio, esta manera de vivir puede recordar dimensiones de la existencia abandonadas hace tiempo por nuestras sociedades y valores muy positivos para configurar una vida plena arraigada en el amor de Dios. Con el peligro, ciertamente, de que visto desde una perspectiva actual, el monacato parezca despreciar algunas realidades que son muy valiosas para el hombre y la mujer modernos (proyección profesional, vida sexual y familiar, confort material, etc.) o de que proyecte hacia fuera una interpretación de la existencia como “valle de lágrimas” en una sociedad que hoy se encuentra instalada en un permanente “parque de atracciones”. Hemos de constatar, con todo, que hasta hace poco tiempo, en un clima social mucho más religioso, junto al hecho de considerar extraña o minoritaria la vocación al monacato, se daba una valoración muy positiva de la misma. Este género de vida era una referencia valorada y hasta venerada como buena y santa por buena parte de la gente sencilla, no sólo en occidente sino en oriente.

El *extraordinario cambio cultural* que hemos experimentado en las últimas décadas ha radicalizado el contraste entre la vida de los monjes y la de la mayoría de la población¹¹. Así, el monacato ha pasado de lo admirable a lo incomprensible. La comunidad, la pobreza, el celibato, la obediencia, la permanencia, la oración litúrgica o la repetición son percibidos más como amenazas a la libertad que como caminos de realización positiva. Hace poco escribía al respecto: “Situándose en el extremo de esta falta de comprensión ambiental, la vida contemplativa genera en la mayoría de los desconectados de la Iglesia –e, incluso, en una parte de los miembros activos de la misma- una perplejidad casi absoluta. Nada tiene de extraño. ¿Cómo van a comprender y valorar el silencio o el sosiego quienes viven inmersos en el ruido y la prisa? ¿Cómo van a descubrir el valor de la clausura las nuevas generaciones de turistas compulsivos? ¿Cómo captarán la riqueza de la actitud adoradora quienes viven en la superficie de las cosas, sordos a la experiencia religiosa? ¿Cómo imaginarán el significado de la vida comunitaria las 24 horas del día, si la misma vida en el hogar es hoy tan frágil y se encuentra sometida a unos ritmos de convivencia imposibles? ¿Cómo captará la sabiduría del orden, del límite, de la modestia, quien vive estresado intentando, cada día, la cuadratura del círculo de la realización de sus innumerables deseos? ¿Cómo saborear la aparente repetición del ritmo diario si necesitamos estímulos y novedades constantes para eludir el aburrimiento? ¿Cómo hacer caer en la cuenta –en la sociedad de la eficacia- de la importancia y fecundidad de una vida dedicada al estudio y la oración? ¿Cómo podrán captar las gentes seducidas por el nivel de vida y la maximización del bienestar, la belleza y la salud de una vida sencilla y hasta pobre? ¿Cómo redescubrirán la relación armoniosa con la naturaleza habitual en los monasterios los urbanitas ultratecnificados?”¹²

¹¹ Para un acercamiento sociológico a este cambio LIPOVETSKI, Gilles: *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo*. Anagrama, Barcelona, 2007.

¹² GÓMEZ SERRANO, Pedro José: “Miradas exteriores a la vida religiosa” *Cuadernos de reflexión nº 3, “Presencias y resonancias de Dios en las periferias y fronteras de la vida”, CONFER, Madrid 2007, pp. 12-13.*

Pero, al mismo tiempo, el monacato -con los valores que encarna- puede convertirse en una revelación del tipo de vida patológica que hemos asumido en las sociedades económicamente desarrolladas en las que el estrés, la compulsión, el activismo, la soledad, la banalidad y el vacío están a la orden del día. De hecho, la misma formulación del párrafo anterior pretendía denunciar los elementos negativos del “American way of life” Al confrontar el modo ordinario de vivir en nuestras ciudades con el de los monasterios nos damos cuenta de que, como dirían los jóvenes, “nos hemos pasado tres pueblos”. No se trata de rechazar los nuevos valores emergentes o de proponer el monacato a la mayoría de la población, sino de descubrir o reconocer la insana unilateralidad de nuestro estilo de vida, para buscar caminos más integradores y justos. De este modo, cuando una comunidad contemplativa desarrolla de modo natural y alegre la vocación que ha descubierto, realiza –por contraste- una labor terapéutica hacia la “cultura de la satisfacción”¹³. Subrayando los valores olvidados o realizados distorsionadamente, los monjes nos confrontan con algunos de nuestros desatinos, en especial, aquellos que más dañan la solidaridad: la falta de escucha y acogida, la insensibilidad ética y religiosa, el consumo desmedido y depredador, el individualismo exagerado, la preocupación obsesiva por la seguridad...

Cualquiera puede darse cuenta de que la vida contemplativa representa una crítica contundente de los aspectos más enfermizos de nuestra cultura. El éxito de audiencia de la película “El gran silencio” algo sugiere en este sentido. De vez en cuando, surge en la sociedad alguna mirada que se dirige a la vida contemplativa con una mezcla de curiosidad hacia lo “extraño” y la sospecha de que encierre valores fundamentales que nuestro modelo de desarrollo económico ha postergado. Sin ir mas lejos, el Magazine de El Mundo del domingo 18 de abril de 2007 presenta en portada al monje budista francés Matthieu Ricard: “Declarado el hombre más feliz del planeta”. Más allá de las exageraciones propias del lenguaje periodístico y del atractivo superficial que hoy tiene “lo oriental”, el excelente reportaje interior tiene afirmaciones como estas: “Vive apartado del mundo. Ha regalado su dinero. Hace 30 años dejó de tener relaciones sexuales. Tiene 61 años. Y según los expertos registra un nivel sin parangón de “emociones positivas”. En la entrevista, el monje afirma: “cuando la agudeza mental y la acción disminuyen con la vejez, es tiempo de experimentar y manifestar cariño, afecto, amor y comprensión”; “existe una manera de no sentirse abandonado: percibir a todos los hombres como parte de tu familia”; “la alegría está dentro de nosotros, sólo hay que mirar en nuestro interior, encontrarla y transmitirla”; “nuestra identidad no es la imagen que tenemos de nosotros mismos, ni la que proyectamos. Es nuestra naturaleza más profunda, esa que nos hace ser buenos y cariñosos con los demás”; “si buscamos la felicidad en el sitio equivocado, estaremos convencidos de que no existe cuando no la encontremos allí”¹⁴. Enorme sabiduría a la que nosotros añadiríamos la presencia de Dios en el fondo del corazón humano.

La fragilidad del estilo de vida propio de las sociedades occidentales resulta cada vez más manifiesta. Así se expresa el famoso sociólogo de origen polaco Zygmunt Bauman: “Nuestros contemporáneos, desesperados al sentirse fácilmente descartables y abandonados a sus propios recursos, están siempre ávidos de la seguridad de la unión y de una mano servicial con la que puedan contar en los malos momentos, es decir desesperados por “relacionarse”, pero desconfían, al mismo tiempo del “estar relacionados” y en particular “relacionados para siempre”, por no hablar de

¹³ GALBRAITH, John Kenneth: *La cultura de la satisfacción*, Ariel, Barcelona, 1992.

¹⁴ GÓMEZ SERRANO, Pedro José: op. cit., nota 18.

“eternamente”, porque temen que ese estado pueda convertirse en una carga y ocasionar tensiones que no se sienten capaces ni deseosos de soportar y que pueden limitar severamente la libertad que necesitan –sí, usted lo ha adivinado- para relacionarse...”¹⁵. En otro terreno, Carlos González Vallés nos recordaba recientemente las consecuencias que para la salud y el equilibrio personal tenía la tendencia de la sociedad moderna a olvidar los ritmos de la vida: el día y la noche, el trabajo y el descanso, el silencio y la palabra, la sucesión de las estaciones, etc., y –utilizando la parábola del prestamista- como ese comportamiento puede pasarnos factura, especialmente a los jóvenes, que llevan, con frecuencia, un ritmo que rompe tantos límites¹⁶. La vida de los monjes, enraizada en la fraternidad y articulada en un tiempo estructurado, representa –en estos dos sencillos aunque significativos ejemplos-, una alternativa a estas distorsiones, una llamada de atención **respecto** a lo que estamos considerando “la buena vida”.

Una última palabra a propósito de las *crisis* mencionadas. José Eizaguirre, un amigo marianista, sostiene que en la carta a Tito (2, 11-12) se encuentra un programa de vida capaz de constituir un antídoto a la quiebra de la solidaridad que padecemos. En efecto, el texto nos invita a adoptar una vida “sobria, honrada y religiosa”¹⁷. Y vivir así, con alegría, sencillez y naturalidad, ya es un signo de solidaridad. Una vida *sobria* o *moderada* para no “comernos el mundo”, intentando “vivir más sencillamente, para que otros puedan sencillamente vivir”. Una existencia *honrada* o *justa*, para establecer relaciones de fraternidad y ayuda mutua, en lugar de otras que generen explotación o exclusión. Y, por último, una vida *religiosa* en el sentido de poner de relieve que el único que merece nuestra alabanza y adoración es Dios y, nuestra entrega, su Reino. Las comunidades contemplativas aspiran, precisamente, a encarnar y visibilizar con naturalidad este ideal de comunión con la Naturaleza, con los demás seres humanos y con Dios. Realizar estos valores con radicalidad y en sus formas específicas, puede constituir hoy la contribución a la solidaridad propia de los monasterios, siempre que se perciba la realización de sus valores como aportación positiva a la construcción de una sociedad más humana y no como renuncia –teológicamente justificada- a disfrutar de la vida.

4. La respuesta monástica desde el hacer: hacer bien el bien. *El gesto*

Aunque el estilo de vida de monjas y monjes represente –en su modo de estudiar, trabajar, orar o compartir- ya un primer signo de la solidaridad que nuestro mundo necesita, no es menos cierto que ésta reclama de acciones efectivas o gestos proféticos que alienten nuestra esperanza, denuncien la injusticia, resuelvan problemas urgentes y generen dinamismos sociales que, con el tiempo, permitan dar una adecuada respuesta a la injusticia. Los monasterios deberían hacer un esfuerzo para no aparecer como entes aislados, anacrónicos, fosilizados o autosuficientes. Algo que no resulta fácil cuando algunos conventos fueron creados hace más de mil años y ciertas normas quedaron establecidas hace mil quinientos. Por no mencionar la composición generacional de muchas comunidades y la formación que han recibido sus miembros. Es comprensible que la inercia de los siglos, una espiritualidad demasiado dependiente de las normas y el miedo a lo nuevo, **frenen** la creatividad que los desafíos actuales demandan. Y, con todo, existen numerosas experiencias monacales que nos muestran

¹⁵ BAUMAN, Zigmunt: *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos* FCE, México, 2005, p. 8.

¹⁶ GONZÁLEZ VALLÉS, Carlos: *Descubre tus ritmos. Para vivir mejor*, Sal Terrae, Santander, 2008.

¹⁷ EIZAGUIRRE, José: *Sobria, honrada y religiosa. Una propuesta de vida*, en prensa.

que esa revitalización creativa es posible. Pienso, en este momento, en la internacionalmente conocida comunidad de Taizé que –siendo muy rigurosa en el ejercicio de los votos- ha sabido acercar a los jóvenes, con fidelidad evangélica y gran creatividad litúrgica y pedagógica, a los tesoros de la espiritualidad cristiana en sus tradiciones ortodoxa, evangélica y católica.

Pienso también, por ejemplo, en experiencias de renovación de comunidades centenarias como la representada por el monasterio femenino benedictino de Eire (Pensilvania, USA), magníficamente retratada por una de sus superioras, Joan Chittister, en primera persona: “Dejamos de proporcionar servicios cuando la gente dejó de demandarlos en el número que habíamos estado acostumbradas a esperar. En lugar de eso, empezamos a concentrarnos en esfuerzos que nos permitirían servir a gente diversa de un modo diferente. (:...) Desde luego la innovación es la principal característica de un grupo con energía. No más de lo mismo, por su propio bien. No lo mismo de siempre. “¿Por qué lograsteis tantas cosas nuevas?” pregunta la gente asombrada cuando examina el número de ministerios comunitarios, la cantidad de compromisos y la energía personal del grupo. En una época en la que la sabiduría convencional decía que la vida religiosa estaba muriendo, veían que se estaba abriendo una cosa tras otra. Veían la tienda de regalos, los artistas, los músicos, los esfuerzos de publicación, los jardineros, los servicios en el centro de la ciudad, los invitados laicos, los programas de juventud, los proyectos ecológicos, los centros de espiritualidad, las administradoras y consultas públicas, el trabajo de misión, el trabajo de hospitalidad, los proyectos de educación pública, el trabajo de paz y justicia, etc. “¿Cómo es posible que hayáis hecho todo esto en un tiempo como éste?” se preguntaban asombrados. “Yo no lo hice”, decía yo. “Todo lo que hice fue escuchar lo que cada una de las hermanas decía que querían hacer. Yo las seguía. “Si vuelves dentro de diez años, no te prometemos que cualquiera de estas actividades particulares exista todavía. Yo realmente espero que podamos prometerte que todavía estaremos siguiendo los talentos de nuestras hermanas””¹⁸

¿Cómo globalizar y modernizar la solidaridad de los monasterios logrando que, al mismo tiempo, mantengan su identidad? Una primera sugerencia –que toma en consideración con realismo la pobreza humana y material de tantos conventos- consiste en sostener que no hace falta hacer muchas cosas, sino preguntarnos si, las que estamos haciendo, son las que mejor responden hoy a las necesidades de nuestro mundo y a la sensibilidad del Evangelio. Es tiempo de subrayar y cuidar el “cómo” de nuestras acciones sobre el “cuánto” de lo que hacemos. La segunda sugerencia consiste en escuchar a los de fuera, a esas personas amigas que pueden decirnos, mejor que nosotros mismos, si nuestras acciones están respondiendo a los desafíos de los tiempos o se encuentran anquilosadas o desorientadas. Por último, claro está, resulta preciso rezar y discernir comunitariamente la conveniencia de cada posible iniciativa. Todo, en cualquier caso, menos emplear la vida rutinariamente en mantener un “museo religioso”, por muy venerables que nos parezcan los tesoros que encierra. Hay que dejar que “los muertos entierren a los muertos” y ponernos decididamente al servicio de la vida y del Dios de la vida.

El hecho es que, en cierta medida, ya se está viviendo la solidaridad global; la que nos pone en contacto con toda la familia humana: muchas comunidades están formadas por miembros de países distintos; son cada vez más frecuentes los procesos de

¹⁸ CHITTISTER, Joan: *Tal como éramos. Una historia de cambio y renovación*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2006, pp. 288-289

formación on-line que ponen en contacto a monasterios de todo el planeta o que acercan a sus miembros a la mejor teología o formación civil; los viajes –mucho más frecuentes que en el pasado- abren los ojos a la realidad global; la comunicación en red estrecha el contacto de comunidades que se encuentran muy alejadas geográficamente; muchas congregaciones –gracias a Internet- disponen de páginas web que las acercan a millones de personas que jamás habrían entrado en contacto con ellas; los medios de comunicación social han introducido las penas y las alegrías de nuestro mundo en el corazón del cenobio más alejado... Nadie puede afirmar hoy con inocencia, que desconoce los males que aquejan a nuestro planeta. Y esto es, a mi modo de ver, fundamentalmente bueno.

Y es, asomándonos a estas ventanas de la realidad, como pueden surgir las nuevas formas de compromiso con la sociedad que el Espíritu Santo reclama. Sin ánimo de ser exhaustivo enumero, con temor y temblor, espacios para nuevas iniciativas que considero muy adecuadas para que sean asumidas por las comunidades monásticas y que, en muchos casos, ya se están experimentando:

- Necesitamos espacios dónde pueda reflexionarse y dialogarse con rigor, serenidad y respeto sobre el *ecumenismo* cristiano y el entendimiento con otras *religiones*. Al fin y al cabo, se presupone una competencia especial a las congregaciones contemplativas para la experiencia religiosa que, de suyo, tiene un sustrato universal. El fundamentalismo religioso y la intolerancia son hoy en día atentados permanentes a la solidaridad. Escribo estas líneas afectado aún por la última película de Alejandro Amenábar (Ágora) que presenta un doloroso ejemplo de esta problemática.
- Los monasterios pueden ser lugares que favorezcan la *reconciliación social* en regiones de conflicto a partir de la convivencia, en su seno, de miembros pertenecientes a grupos étnicos distintos (p.e. África), clases sociales diversas (p.e. India), opciones políticas opuestas (p.e. zonas de terrorismo) o mundos culturales diferentes (occidentales-orientales). Esa capacidad de ponernos en el lugar del otro, porque le conocemos más allá del estereotipo, puede verse muy favorecida por la vida comunitaria.
- Algunas comunidades monásticas podrían especializarse en ofrecer *experiencia espiritual* a los jóvenes y adultos en actitud de búsqueda, permitiendo que vivieran con los hermanos o hermanas una temporada y ofreciéndoles tiempo para la escucha y el acompañamiento o una versión asequible de la teología actual que suele estar alejada de la mayoría de las personas. Los monasterios pueden prestar una atención más diversificada que otras estructuras pastorales como las parroquias.
- ¿No podrían ser hoy algunos monasterios lugares para *acoger a los “sin papeles”* como en la Edad Media sus muros permitían acogerse “a sagrado” a los perseguidos por la justicia? ¿No **permitirían** tantas celdas vacías como existen en edificios centenarios alojarse gratuita y temporalmente a familias inmigrantes o que hubieran perdido su hogar por la subida de las hipotecas y el paro para recordar a la sociedad que la vivienda es un derecho humano elemental?
- ¿No pueden ser los conventos edificios particularmente aptos para la introducción de *tecnologías energéticamente sostenibles* y ahorradoras de materias primas? ¿Sería difícil que las técnicas de la agricultura sostenible se aplicaran a las huertas como espacios de investigación de lo nuevo y lo

tradicional? La vida en común y la austeridad parecen particularmente adecuadas para este tipo de iniciativas que apuntan al futuro.

- En tantos lugares donde encontrar un lugar para el *encuentro* y el *diálogo* resulta de un coste prohibitivo, la cesión de locales a grupos sociales inquietos y creativos para sus reuniones sería una forma de contribuir a la educación crítica de la sociedad y de abrir a las propias comunidades a los debates que pueden permitir abrir espacios para que “otro mundo sea posible”. Por su forma de organización, las comunidades monásticas pueden quedar muy alejadas de las nuevas corrientes culturales minoritarias.
- Los monasterios, a pesar de su actual fragilidad económica, por su propia filosofía de fondo parecen instituciones especialmente adecuadas para impulsar en nuestros días propuestas de *economía alternativa*: hermanamientos a nivel mundial, consumo responsable, comercio justo, banca ética, comunidad de bienes entre comunidades, apoyo a ONGs, creación de empresas de inserción social, cooperativas, generación de empleos para personas con algún tipo de discapacidad, etc.
- Llevando más lejos aún la dinámica de la generosidad y la universalidad evangélicas –pasando de las cosas a las personas–, debería ser normal que las comunidades con más miembros o más “juveniles” prestaran su apoyo a las más débiles y envejecidas –especialmente si comparten su carisma- *enviando hermanos o hermanas* de modo temporal o definitivo. Sería un modo de mostrar que, para salir de las crisis, la búsqueda de soluciones colectivas y la ayuda mutua, superando los intereses particulares, pueden ser respuestas eficaces.
- La *atención* a quienes la sociedad del éxito *no valora*: ancianos, pobres, excluidos, enfermos, diferentes, -y la defensa de su causa justa- también debería ser tarea prioritaria de algunos monasterios. Repito, no para hacer aquello que supera nuestras fuerzas o para sustituir la responsabilidad de las administraciones públicas, sino para hacernos cercanos a los amigos de Jesús y no ser tachados de escuchar su palabra y no ponerla por obra. En este ámbito, el trato personal debería ser la “marca de identidad” de los discípulos de Jesús.
- ¿No resultaba escandalosa la costumbre de que los monjes y monjas de clausura no pudieran asistir a eventos familiares o atender a sus familiares enfermos en situación de grave necesidad? ¿No sería hoy un signo de solidaridad que alguno de ellos *podiera residir en el convento* en lugar de acabar en una anónima residencia, cuando la tendencia ambiental camina hacia un desentendimiento creciente de los mayores?
- La preservación de la *riqueza cultural de las minorías* y, al mismo tiempo, el fomento de la universalidad de la acogida y la fraternidad pueden ser labores particularmente adecuadas para las comunidades contemplativas, una de cuyas principales tareas fue, y continúa siendo, “estudiar” y sacar a la luz las riquezas del pasado. Pienso aquí en los lugares donde los nacionalismos no logran una articulación acertada entre el respeto y aprecio *por (de)* la identidad de los pueblos y su solidaridad con el resto.

Mención especial requiere la capacidad de las comunidades monásticas para *introducir a la experiencia religiosa cristiana* y desarrollarla. ¿Cómo cantar a Dios en tierra extraña? Con una nueva melodía –acorde a nuestra vigente sensibilidad- que no traicione la letra del Evangelio. ¿Cómo calmar la sed de Dios? Ofreciendo un adecuado manantial. En el pasado, el agua de la fe estaba al alcance de la mano, ya que múltiples y caudalosos ríos la acercaban a cada individuo. La omnipresencia y aceptación social

de un entramado de instituciones religiosas de todo tipo lo envolvía todo, alimentando de un modo efectivo la religiosidad sociológica. En el actual desierto para la fe que constituye la sociedad secularizada, cada individuo con sed tiene que buscar una manantial –quizá remoto– en el que el agua conserve aún su frescura y su pureza. Una comunidad contemplativa, cuya existencia sólo puede explicarse desde la “pasión por Dios” tendría que ser el lugar idóneo para responder a la sed espiritual. De tal modo que un servicio inestimable de los monasterios a todos los que no vivimos habitualmente en sus muros sería, en mi opinión, atender a varias necesidades:

- La necesidad de *silencio*. Bien escaso en la ciudad de la prisa, el ruido y la palabra incesantes, pero completamente necesario para descubrirse criatura en el fondo del corazón; para hacerse preguntas fundamentales; para escuchar a Jesús y sus propuestas.
- La necesidad de *comunidad*. Otro regalo para los habitantes de la ciudad individualista; el sustrato humano en el que la fe puede echar raíces, verificarse y fortalecerse. El espacio que impide confundir el Evangelio con nuestras propias proyecciones.
- La necesidad de *acompañamiento*. El retroceso en materia de fe que hemos experimentado en los últimos años ha multiplicado el analfabetismo religioso que reclama un acompañamiento personal, sobre todo para la iniciación en la fe como experiencia personal.
- La necesidad de acceder a una *buena teología*. No es infrecuente que en los debates sobre religión, muchos de los interlocutores argumenten a partir de ideas aprendidas en la preparación a la primera comunión. La renovación impulsada por el Vaticano II desgraciadamente resulta desconocida para la mayoría.
- La necesidad de una *liturgia bella, auténtica y profunda*. Este es un campo privilegiado y urgente para la experimentación creativa de los monasterios que acerque a las nuevas generaciones el misterio de la fe sin sacrificar la celebración a la moda, ni tampoco sacralizar las formas del pasado.

Cuando un monasterio cultiva con calidad estas dimensiones presta un servicio inestimable a todos los que se acercan a él. Y, como indiqué anteriormente, facilitar el encuentro con Dios es una de las tareas que más puede contribuir a generar una cultura de la solidaridad insobornable.

5 Algunas conclusiones

Deseo terminar esta ya larga exposición resumiéndola en varias conclusiones generales que se desprenden de la reflexión anterior.

En primer lugar, creo que la credibilidad del cristianismo en general y de la vida monástica en particular se juega hoy en la calidad de la vida cristiana que sea capaz de generar. La prioridad del esfuerzo de renovación ha de otorgarse al *modo de vivir* –y la cercanía a su *fuentes*– sobre la cantidad y espectacularidad de lo que se hace. El empobrecimiento humano y *económico* (material) de nuestra Iglesia puede ser un “momento de gracia” que nos ayude a redescubrir esta verdad, *siempre que* (mientras) no nos hunda en el pesimismo y la decepción.

Con su sola existencia, una comunidad contemplativa dirige al ser humano de nuestros días una *doble pregunta*: ¿No sólo de pan viven el hombre? ¿Sólo Dios sobra? Frente a los miembros de la sociedad del bienestar que contestarían: “No sólo de pan

vive el hombre, sino de pan tostado, integral y bajo en calorías”, los monjes afirman cada día con su vida que Dios y su proyecto –el Reino y no sólo el pan de cada día- son la única roca firme sobre la que se puede construir la casa de la existencia. Esto será verdaderamente significativo si refleja una existencia dichosa y liberadora.

El monasterio colabora en la creación de un mundo más solidario actuando como *espejo* y como *oasis* para la sociedad. Como espejo, en la medida que las actitudes que promueve chocan con algunos valores dominantes en el mundo actual que impiden la realización efectiva de la solidaridad (la indiferencia, el acaparamiento, la competencia, la depredación, etc.) y obligan a cuestionar el modelo de vida vigente. Como oasis, cuando presta su espacio de fraternidad y sus recursos a todos aquellos que desean buscar a Dios o transformar este mundo desde la justicia y el amor.

Para responder a su vocación más profunda, los monasterios tienen que aprender a desarrollar una sutil *sabiduría*: atender a la vida de dentro y a la de fuera; saberse iguales a todos los discípulos del Señor, pero diferentes en un carisma que necesitan poner al servicio de la Iglesia y del mundo; mantener las raíces básicas de la identidad contemplativa, pero renovar con valentía todo aquello que no transparente hoy el mensaje de libertad, alegría y amor de Jesús o que dificulte, innecesariamente, la realización más auténtica y creativa de su seguimiento. Escuchar a las personas externas al monasterio –en especial a los sencillos- y a Jesús en la oración es el camino.

Una narración, escrita por de una de vosotras, puede permitir expresar esta “apertura empática hacia el mundo” de un modo más simbólico:

“Un peregrino recorría un camino cuando, cierto día, pasó ante un hombre que parecía un monje y que estaba sentado en el campo. Cerca de allí, otros hombres trabajaban en un edificio de piedra.

“Pareces un monje”, dijo el peregrino.

“Lo soy”, respondió el monje.

“¿Quiénes son esos que están trabajando en la abadía?”

“Mis monjes”, contestó. “Yo soy el abad”.

“Es magnífico - comentó el peregrino – Es estupendo ver levantar un monasterio”.

“Lo estamos derribando”, dijo el abad..

“¿Derribándolo? –exclamó el peregrino -. ¿Por qué?”

“Para poder ver salir el sol todas las mañanas”, respondió el abad”.¹⁹

Y quiero terminar con una anécdota personal. Después de haber preparado esta charla, no supe como darle una terminación adecuada. Empecé a buscar en mis libros de oraciones, textos, testimonios, poemas y cuentos, sin encontrar nada que me convenciera. Finalmente, me fui a la cama y, cuando me estaba despertando esta mañana temprano para venir a Salamanca –en ese peculiar momento que se da entre el sueño y la vigilia- una idea apareció de repente. Me dirigí a la librería cogí un libro y encontré, al fin, la frase que permitía concluir rigurosamente una reflexión sobre la solidaridad con el mundo dirigido a la vida monástica: “Recíbanse a todos los huéspedes que llegan como a Cristo, pues él mismo ha de decir: “Huésped fui y me recibieron””²⁰.

¹⁹ CHITTISTER, Joan: *El fuego en estas cenizas*, Sal Terrae, Santander, 1998, p. 106.

²⁰ SAN BENITO: *Regla de San Benito*, regla nº 53 Sobre la recepción de huéspedes.